FIGURAS RENTERIANAS

Hablando con D. Luis Samperio

Quien conozca sólo de vista al caballero con cuyo nombre encabezamos el presente artículo, advertirá en él exteriormente a un atildado «gentlemen» que ha practicado el deporte en su juventud, a una persona «bien», en una palabra.

Pero como los que de cerca le tratamos sabemos que tuvo en sus tiempos el prestigio imborrable de ser uno de los más famosos pelotaris, llevando en triunfo a tierras americanas en su ardiente corazón de vasco en unión de otro atleta renteriano, D. Vicente Elícegui, el nombre de Rentería, cuna de ambos, creemos de justicia dedicarle un breve artículo en esta revista, no interviú ni cosa parecida, sino el reflejo de una conversación sostenida con él, que siempre amable y atentísimo con nosotros, tuvo la bondad de contarnos cosas relacionadas con la profesión que tanta gloria, y tanto dolor también le proporcionó.

Advertimos inmediatamente al hablarle de su afición, mejor dicho de su pasión favorita, aquel acento encendido de muchachez, de brío, de acometividad que tuviera seguramente en aquellos lozanos años de su juventud, en los que su arrogante prestancia llenaba las canchas con su juego excepcional.

Y al expresarle nuestra incumplida añoranza de no haberle visto jugar, pasa una sombra de desilusión por su rostro, como un deseo insatisfecho de algo que no pudo realizar por completo, a pesar de su titánica voluntad.

—Pero si jugué muy poco; fuí flor de un día cinco años escasos de jugador, y con este brazo...

—¿Pero cómo fué?

– No sé, – nos contesta, – algún «boleón» sin duda, y cuando más entusiasmado me hallaba jugando, un dolor agudísimo como un trallazo, algún tendón distendido, y luego... mi desesperación, médicos... masaje... electricidad... hasta curanderos y baños en la piscina de Lourdes,.. en fin, no se puede Ud. imaginar lo que me hizo sufrir este dichoso brazo, alejándome de los frontones a mis 26 años de edad.

Callamos un instante, recordando lo que desde niños hemos oído acerca de la famosa bolea de Samperio, elegante, segura y potente, y seguidamente el famoso ex-pelotari nos explica que aún, ahora que la ceniza de los años se muestra en su cabeza, le gusta con locura el juego de pelota. Allá, en la Argentina, su habitual residencia, está muy en moda el deporte vasco como ejercicio higiénico sin rival. Se cultiva preferentemente la especialidad de la paleta, con pelota de gas. Infinitas asociaciones, algunas muy poderosas, propagan las excelencias de este juego, para jóvenes y viejos, y por la cómoda modalidad del mismo, pelota viva y frontón pequeño, — reputan este deporte como el mejor.

D. Luis Samperio, el año 1890

Ahora, que «los clásicos», — me confiesa mi interlocutor, – jugamos a «share» o red. Cosa bonita y fina, afirma D. Luis.

Hablamos de la cesta moderna, declarándome el famoso ex-zaguero que cuando él veía que no podía restablecerse de su brazo, probó con cestas algo mayores de las que usaba, y asombrado, veía que su alcance era infinitamente mayor, pero como tenía que sacrificar su famosa bolea, aquella bolea que fué terror de los delanteros, — añadimos nosotros, — optó en su digno orgullo de artista, retirarse de la pelota antes de dejar de ser Samperio, es decir, de perder su jugada característica e inimitable.

¡Bello gesto de un artista pundonoroso que prefiere

anularse voluntariamente antes que claudicar con normas que adulterasen la pureza de su juego viril e inimitable, su arma favorita de combates y triunfos clamorosos!

Este rasgo pinta la entereza del famoso ex-pelotari renteriano.

Nos refiere lances e incidentes de aquella época.

El más culminante es aquel famosísimo partido de Buenos Aires, que acreditó a Vicente Elícegui, de pelotari de una nobleza sin igual.

Dejamos la palabra a D. Luis.

—Eran aquellos tiempos,—nos dice,—la edad de oro del pelotarismo. Se defendían en la cancha los prestigios de los respectivos pueblos de los jugadores. Así parejas como Chiquito de Eibar y Pasiego, Portal y Mardura, Elícegui y Samperio, Beloqui y el Manco, Tandilero y Muchacho, representantes respectivos de Eibar, Azpeitia, Rentería, Villabona y América.

Aquella tarde se repetía el reñido partido de Azpeitia contra Rentería.

Cuando Portal y Mardura tenían 49 tantos y los renterianos 46 para 50, gana Elícegui el 47 con una rasa formidable. Mas Portal pidió «vuelta», fundado en que al correr a restarla rozó apenas con aquél.

Se levantan los jueces, cinco miembros respetables de la Sociedad «Laurak-bat».

El público se mostraba dividido, solicitando unos «vuelta y otros «tanto». con acento amennazador.

D. Luis Samperio, en la actualidad

Elícegui. apercibido de la angustia de tan venerables «gizones» y de la bronca que se vislumbraba sea cual fuese la resolución del caso, se dirige a los jueces diciéndoles: «Señores, nosotros damos vuelta.» Y ante tan espontánea como hidalga resolución, los jueces vieron el cielo abierto y cedieron a la solicitud, entre una inmensa aclamación que resonó en el frontón, premiando el rasgo de generosidad del noble renteriano.

Se repitió el tanto 47 que lo ganamos, así como también el 48, igualando a 49. El vocerío era inmenso en la cancha. El público de pié, enloquecido y delirante arrojó a la explanada sombreros, bastones, monedas de oro y billetes, y pide cinco minutos como tregua para cubrir las apuestas.

Se reanuda, por fin, el tanto decisivo, que fué solucionado en nuestro favor.

(Aquí sustituímos al narrador que no nos dice más; pero nosotros sabemos que el tanto 50 fué ganado por nuestro interlocutor con una soberbia bolea de las suyas, que agarraba a todo gas en el cuadro ocho desbordó a los dos contrarios sin que pudieran alcanzarla).

El público salta a la cancha—prosigue D. Luis—para abrazarnos a todos, vencedores y vencidos. Pero nuestra alegría fué turbada por un extraño rebullicio en el tendido, frente al cuadro 14. Un anciano y fornido espectador había fallecido repentinamente, víctima de un ataque cardiaco. Era D. Martín Irigoyen vasco-francés, de Sara, y padre del actual Presidente de la República Argentina, D. Hipólito.

Al día siguiente supe que antes de levantar el cadáver la asistencia pública, otro vasco tuvo un rasgo de honradez y nobleza digno del de Vicente Elícegui. El muerto D. Martín, había ido al frontón con su amigo y compadre Julián Aguirre, y habían apostado 100 pesos, saliendo ganancioso el Sr. Irigoyen. Nadie conocía esta traviesa y el Aguirre podía haberse callado, porque el difunto no se los iba a reclamar. Contemplando el cuerpo inanimado de su paisano y sumamente acongojado y lagrimeando, parece que dijo el perdedor de la apuesta: «¿A quien pagar yo ahora apuesta que te has ganado compadre mío Martín?...»

Y pasando de aquellos recuerdos, a algo que recientemente hemos oído, le preguntamos:

—¿Y diga D. Luis, es cierto que su amigo Indart, de Irún quiere verle dar alguna bolea de «aquellas»?

—Sí, dice que desea conocer mi postura, y para darle gusto, ando buscando pelotas propias para «share», porque cestas como las que usé no las hallo, y aunque preferí siempre las usadas y viejas, se las llevaron todas mis amigos.

—¿Y el brazo?

—¡Hombre, sí! seguramente los días siguientes me dolerá intensamente, pero ¡quién se acuerda de eso! Ya le digo, yo en pisando la cancha, me olvido de todo, me caliento y entusiasmo como en aquellos tiempos mozos que tan fugaces pasaron por desgracia para mí...

—Y...—preguntamos,—¿se le podría ver a Ud. practicar su jugada favorita?

—Le avisaré con mucho gusto, cuando me entrene algo.

Al decirnos estas últimas palabras amable y sonriente, D. Luis Samperio estrechaba fuertemente nuestra mano y después de despedirse, con su talante juvenil y erguido, tras una mirada afectuosa de sus claros ojos penetrantes, monta en el tranvía con la agilidad de un chico dejándonos una esperanza, un deseo intenso de contemplarle en su bolea, esa jugada suya e incopiable, que según Peña y Goñi «es bolea sin comparación con otra, bolea legítima de antebrazo, rápida, dura y nerviosa, pequeña al parecer, que no revela el esfuerzo de la dificultad vencida, sin «pose», bolea de honda que basta por sí sóla para haber hecho de Luis Samperio un zaguero sin rival.»

Efe Ese.